

# ANEXO II

---

## CO-PRODUCCIÓN DEL LIBRO ILUSTRADO: JUN Y MAR.

ARTE FINAL: CAPÍTULO 3

Presentado por Luz Lucas Jaén

Tutor: David Heras

Facultat de Belles Arts de Sant Carles

Grado en Bellas Artes

Curso 2021-2022



UNIVERSITAT  
POLITÀCNICA  
DE VALÈNCIA



UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA  
FACULTAT DE BELLES ARTS DE SANT CARLES

## CAPÍTULO 3

Las semanas habían pasado volando, haciendo que el otoño tiñera la ciudad de nuevos colores. En todas partes se respiraba el cambio de estación, excepto por la floristería, en la que siempre era primavera.

Mar recuperó su ritmo habitual del curso: tomaba el bus a primera hora de la mañana desde las afueras, para así poder llegar a la academia justo a tiempo. Al terminar, iba a casa de Juls o al piso de Pao para avanzar los trabajos de clase. Otras veces lo hacían en Kalinde, con una taza de café o incluso de chocolate, ahora que el calor al fin daba una tregua. Así era su día a día, solo que desde hacía poco, esa rutina había tenido unos sutiles cambios.

—Debo admitirlo: voy a echar de menos esto cuando estés más liado con las clases y no vengas tan a menudo —Jun dio un bocado con ansias a su *stromboli*, con cuidado de no manchar el uniforme —. En especial las meriendas. Qué rico está esto... —exclamó acabando con su parte del aperitivo.

Mar le dio un ligero codazo en broma.

—Espero que no lo digas solo por la comida que traigo.  
¡Qué malo!

Aunque dijera aquello, ambos sabían que no iba en serio.

De no ser por él, muchos días Jun ni comería. Su descanso era tan corto, que no le daba tiempo a ir a buscar algo de comer antes de que terminase. En cuanto se enteró, Mar cambió su ruta habitual. Al salir de clase iba corriendo hasta alguna tienda o *forno* para comprar algo y lo llevaba justo a tiempo para la pausa de mediodía. En principio la comida era solo para Jun, pero este siempre insistía en compartirla. Así cada vez podían catar un sabor distinto, sentados en el saliente de uno de los ventanales del local. Aquel ya se había convertido en su lugar de encuentro habitual, en el que poco a poco, Mar iba descubriendo más cosas sobre su nuevo amigo. Esas charlas habían dado para mucho. Cada vez conocía más sobre sus gustos y también sobre sus manías: como la de llenar todo de notitas adhesivas. Lo hacía en el trabajo y también con los libros que le había estado prestando, con diversos comentarios. Al llegar a casa, Mar encontraba varias de ellas pegadas también en su mochila y en su cuaderno, sin entender cómo se las apañaba siempre para colocarlas sin ser visto.

—No te preocupes, seguiré viniendo a menudo por aquí. No creas que te librarás de mí tan fácilmente —respondió Mar al tiempo que lanzaba un sonoro bostezo sin poder contenerlo.

—Te noto más cansado últimamente, ¿va todo bien? —preguntó Jun al ver que aquel era el cuarto en el último minu-



to—. Seguro que te has vuelto a quedar despierto hasta tarde dibujando. Tienes que descansar más o enfermarás.

—No es por eso. Es que me cuesta mucho quedarme dormido por los nervios —en cualquier otra ocasión, Jun habría acertado de lleno con su suposición, sin embargo, aquella semana la situación era algo diferente—. Ahora que se acerca el día, empiezo a estar atacado. Además el horario de las clases está siendo un caos. Por suerte todo volverá a la normalidad después del fin de semana, cuando la exposición acabe.

Y justo en ese instante, Mar se dio cuenta de su enorme error.

—¿Exposición? ¿Qué exposición? —inquirió Jun sorprendido.

Mar se llevó las manos a la boca. Puede que fuera algo tarde para eso. Consiguió mantener el secreto durante todo ese tiempo, solo para irse de la lengua a un día de la inauguración. ¡Qué bocazas!

—No puedo creer que no me hayas dicho nada hasta ahora —protestó el florista algo molesto—. Creía que éramos amigos ¿Es que acaso no quieres que vaya?

—¡No, no es eso! —aseveró inquieto al ver que dio en el clavo. Si Jun se enteraba, estaba seguro que querría asistir como fuera—. Es una exposición colectiva que se hace cada año para los alumnos de último curso de la escuela. Por eso no he mencionado nada. No pensé que te fuera a interesar —buscó en su móvil hasta dar con la imagen del cartel para poder demostrar que todo lo que decía era cierto—. Además solo irán profesores y gente cercana a la escuela, será un rollo.

—Sea colectiva o no, es tu primera exposición si no recuerdo mal. Deberías haberme dicho algo —y aunque Jun estuviera en lo cierto, Mar tenía sus razones para aborrecer ese evento con todas sus fuerzas. No pensaba compartirlas con él, cuanto menos supiera Jun, mejor. Lo único que Mar sabía era que si además de todos los nervios que tenía de por sí, llegaba a verlo a él en la galería, terminaría de explotar.

—Oye, aquí pone que la entrada es libre para cualquiera que quiera asistir. Es decir, que no hay problema si me paso por allí, ¿verdad? —cuestionó señalando la minúscula letra en la parte inferior del cartel, que a duras penas era legible. Por lo visto sus conocimientos de italiano habían mejorado durante las últimas semanas, para desgracia de Mar.

—S-sí bueno, eso pone ahí. Lo que pasa es que yo no...

Antes de poder hacer que cambiara de idea, Jun le dedicó aquella sonrisa que tanto le gustaba y a la vez tanto temía. No era para menos. Desde que se conocían jamás, absolutamente nunca, Mar había podido decirle que no.



La muestra anual era el evento más esperado por cualquier estudiante de Bellas Artes de la escuela de Verona. Consiste en la exposición de la mejor obra de cada alumno, en una auténtica galería de arte. Se organiza por la promoción del último curso y son ellos mismos los que se deben encargar de absolutamente todo: desde la reserva del lugar, el transporte y

montaje, además de la ceremonia de inauguración. Como de costumbre, el acto se realiza en la Galería de Arte Moderno de la ciudad, a la que acuden cientos de curiosos y aficionados cada año. Simplemente para deleitarse con las piezas, e incluso para llevarse una de ellas a casa.

Una oportunidad increíble que nadie se quería perder. Nadie excepto Mar, que había estado temiendo ese día desde hacía ya un año y que muy a su pesar, había llegado al fin.

—A ver, explícame otra vez por qué estamos haciendo esto —preguntó Pao algo irritado, sin dejar de empujar la carga.

—Porque somos amigos y los amigos se ayudan entre ellos.

—No. Lo que quiero decir es: ¿por qué estamos arrastrando *tu* cuadro con *mi* skate por toda la ciudad? Podríamos haberlo llevado con el resto de obras en la furgoneta que hemos alquilado para eso.

Durante el reparto de tareas para la organización, a cada uno de ellos le tocó en un equipo distinto. Mar estaba en el equipo de montaje: encargado de montar y organizar todo en la sala de exposición.

Aunque no le hizo gracia, a Pao lo nombraron líder del grupo de transporte, por ser de los pocos estudiantes en tener el carnet de conducir. En principio debían llevar todas las obras juntas, solo que la idea de que alguien viera su cuadro antes del evento, ponía histérico a Mar. Les suplicó a Pao y a Juls que lo ayudaran a llevarlo hasta la galería por su cuenta y tras mucho insistir, lo logró.

Para la travesía, se las ingenió para crear un transporte improvisado: con el bastidor envuelto en tela, lo ataron al skate

de Pao con un par de cuerdas a modo de carro. Entre los dos lo empujaban por la calle siguiendo las indicaciones de Juls, que caminaba unos pasos por delante para no tropezar con ellos.

—Es una lástima que Jun no pueda venir, me gustaría hablar un rato con él. Ya sabes, para conocernos mejor —mencionó Juls—. Podría pasarse cuando salga de la floristería, no queda muy lejos.

—No insistas. Hoy trabaja hasta tarde así que no va a poder ser —¡menuda suerte tuvo! Cuando Jun le pidió la ubicación y la hora de la inauguración, se toparon con que coincidía con su turno en la tienda—. Hemos quedado mañana por la tarde a tomar un café. Ahí la exposición habrá acabado y al fin todo volverá a la normalidad.

—¡Ohhh, qué bonito! Una vigesimotercera cita —exclamó Pao zarandeando el cuadro—. Tienes que espabilar. He visto tortugas ir más rápido que vosotros. ¿Cuándo piensas decirle que te gusta?

—¿Otra vez estás con eso? ¡Sois unos pesados! —últimamente aquel era el tema principal de conversación y mucho había tardado en salir—. Solo somos amigos. Pasamos tiempo juntos hablando de lo que sea y divirtiéndonos sin más. No entiendo qué hay de malo en eso.

—Pues que estás loquito por él, eso pasa. Siempre que quedamos estás: “*Jun esto*”, “*Jun lo otro*”—prosiguió Juls, reforzando la tesis de su novio—. Si a mi no me crees, díselo tú Pao.

—“¿Sabes que a Jun le gusta escribir? Es alguien tan culto”, “Pues a Jun no le gusta nada la zanahoria, qué tierno”, “Jun habla varios

*idiomas, ¿no es genial?*”... —y así continuó por un largo tiempo.

—¡Ya vale, lo pillo! —Mar soltó las manos del cuadro para hacerlo callar y por poco se van todos al suelo. Curiosamente era la primera vez que el gran talento de imitación de Pao no le hacía ni pizca de gracia—. Tenéis razón: **me gusta mucho**. Por eso mismo quiero que las cosas sigan tal y como están. No quiero estropear lo que tenemos —fuera lo que fuera. Si bien lo que sentía por él era un secreto a voces, no pensaba admitirlo. No delante de Jun.

Sus dos amigos resoplaron agotados ante su estoica resistencia.

—Juls cariño, pégale tú. Yo tengo las manos ocupadas...

Los tres avanzaron por las empedradas callejuelas. Esquivaron transeúntes y otros tantos obstáculos, hasta que llegaron a las puertas del edificio. Levantaron con cuidado el cuadro por los escalones de la entrada y pasaron por el interior buscando la sala que les habían asignado. No les costó mucho averiguar cuál era la suya. Parte de sus amigos ya estaban por allí, además de que tal y como sospechó, era el mismo lugar que el año anterior.

No la recordaba tan grande ni por asomo. Entraron boquiabiertos mientras se reunían con el resto. Y es que el lugar era alucinante, con techos altos y aquellas vigas de madera, en contraste con la pared de yeso blanco y el suelo de mármol. Un lugar privilegiado, a pesar de ser la primera exposición de muchos.

Con gran parte de la clase ya allí, el ambiente estaba de lo más animado, aunque fueran las horas previas a la fiesta.

Mientras la pareja daba una vuelta, Mar se encargó de desmontar todo aquel tinglado que trajeron. Dejó el bastidor apoyado en el muro en el que después estaría colgado, aún con la tela encima. No tenía ninguna prisa por deshacerse de ella. Cuanto más pudiera retrasarlo, mejor.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Aunque aquello no le había funcionado jamás, volvió a probar suerte. Solo por si acaso. Lástima que con todo el jaleo era complicado concentrarse. Menos aún cuando escuchó la voz de su amigo al otro lado de la sala, con el móvil pegado a la oreja y de lo más irritado:

—¡No me lo puedo creer! Me acaban de llamar del mecánico. Resulta que no hay forma de que la furgoneta arranque y tardarán un par de horas en poder prestarnos otra para el transporte —explicó Pao increíblemente enfadado nada más terminar con la llamada. La mala noticia corrió como la pólvora entre los presentes.

—Tranquilo cielo, seguro que hay algo que se pueda hacer —intervino Juls tratando de calmar a su chico sin demasiado éxito.

—¡Menudo desastre! No hay forma de que nos dé tiempo a preparar todo antes de la inauguración.

Con aquel contratiempo habían alterado los planes de ambos grupos: si no había furgoneta, no había traslado de las obras desde la escuela y sin las obras, adiós exposición y adiós muestra anual.

Algunos propusieron varias alternativas, pero ninguna llegó a buen puerto. Tardarían demasiado en llevarlas a cabo o se

pasarían de presupuesto y ambas opciones eran inadmisibles.

Si las cosas seguían así, no tendrían más remedio que posponer el evento o incluso cancelar la inauguración. Ni en los mejores sueños de Mar se le ocurrió que podría pasar algo así. Sin embargo y para su sorpresa, no se sintió aliviado. Era imposible que pudiera hacerlo. Solo con ver las expresiones de los demás, sabía lo importante que era ese día para todos. No podía ser tan egoísta. Debía haber algo que pudieran hacer.

Con el skate aún en la mano, un plan comenzó a rondar por su cabeza. Ya había funcionado antes, puede que sirviera una vez más, por muy extraño que fuera.

—¿Y sí hacemos lo mismo que hemos hecho antes para traer mi cuadro hasta aquí? —y aunque Mar dijo aquello entre susurros, todos se acercaron con gran interés a ver a qué se refería. Bajo la atenta mirada de todos los presentes, prosiguió con la explicación—. Trasladaremos las obras usando esto como carro. Podemos tomar prestadas algunas telas del aula de movimiento para proteger las pinturas. En los talleres debería haber cuerda de sobra para sujetarlos bien a los skates.

—¿Pretendes que crucemos así la ciudad con todos los cuadros? —cuestionó Pao—. ¿Y de dónde sacamos los skates?

Para su sorpresa, varios de sus compañeros comenzaron a levantar la mano al grito de: “Yo tengo uno”, “y yo también” y así, hasta que fueron los suficientes como para que aquella idea dejase de sonar tan absurda y tomase forma.

—Es un disparate... Aunque creo que podría funcionar —reconoció su amigo ya poniéndose en marcha—. Ya habéis

oído ¡No hay tiempo que perder! Haremos lo que ha dicho Mar, así que venga, vámonos.

Gran parte de los allí presentes se marchó para poner en marcha aquella loca idea, que algunos catalogaron de genialidad. Era complicado. Todo el mundo tendría que esforzarse al máximo, pero al menos ahora tenían una posibilidad. Mientras Pao volvía a la academia, Mar se preparó para comenzar con su cometido junto al resto de sus compañeros en la sala de exposición.



Había pasado una hora de incesante trabajo cuando las primeras obras comenzaron a llegar. Todos los presentes aplaudieron con fuerza la llegada de los primeros cuadros, que de inmediato fueron colgando. Mientras el otro grupo se dedicó a transportarlos, él y los demás colocaron cada panel en su lugar, instalaron varios de los focos y dejaron preparados buena parte de los colgadores.

Aunque se alegraba de ver que gran parte de la sala estaba tomando forma, aquello hizo que los nervios regresaran. Pao aún no había vuelto y Juls se marchó para prepararse para esa noche. No había nadie para calmarlo. Por eso mismo Mar no dejó de enviar mensajes a su amigo y ver cuánto tardaría en volver. Sin embargo no obtuvo respuesta. El móvil de Paolo por lo general estaba apagado o en modo silencioso, así que no le extrañó demasiado.



Tendría que arreglárselas solo, aunque aquello era complicado. En pocas horas aquella sala estaría llena a rebosar. Profesores, alumnos de otros cursos y decenas de desconocidos que verían las obras de todos, incluida la suya. Esa idea lo estremecía. Ya podía sentir las miradas de todos puestas únicamente en él, además de los cuchicheos, como si lo estuvieran juzgando. Poco a poco le iba costando más respirar, a la vez que las manos se le humedecían y su vista comenzaba a nublarse.

Necesitaba aire, salir de allí cuanto antes. Buscó la salida más cercana y se dirigió hasta ella.

Iba tan decidido que chocó con la persona que entraba en aquel instante. Rápidamente trató de disculparse, solo que antes de hacerlo, tuvo que frotarse los ojos y mirar un par de veces para acabar de discernir si lo que veía era real o no.

—¿Jun!?— exclamó cuando vio que realmente no era una visión—. ¿Qué estás haciendo aquí? La inauguración no empieza hasta dentro de unas horas... Te dije que no hacía falta que vinieras.

—Pasaba por aquí y de paso, se me ocurrió venir a averiguar si tú sabías algo de estos mensajes tan extraños— cuando Jun le enseñó su móvil, vio sus propios mensajes. Con los nervios se los había mandado a él en lugar de a Pao. ¿En serio, Mar?—. Imaginaba que no eran para mí, aún así tenía curiosidad por ver cómo iba todo el montaje. ¿Va todo bien por aquí?

No llegó en el mejor momento. Su expresión hablaba por sí sola. Antes de que ninguno dijera nada más, otro grupo llegó

cargado con más cuadros que debían colocar. Jun se quedó pasmado al ver aquel sistema de transporte tan curioso. No era para menos.

—¿Puedo ayudar? Aún queda un rato para que empiece mi turno. Solo explícame qué hay que hacer —dijo el florista emocionado. Al oírlo, uno de sus compañeros de clase le acercó uno de los cuadros al recién llegado.

¡Ni hablar! —protestó Mar tratando de quitárselo de las manos. No lo consiguió. Jun lo escondió tras su espalda, sin intención de devolverlo.

—¿Me lo vas a impedir? —preguntó el chico con un tono coqueto—. Se nota que estás agotado. Venga, entre los dos iremos más rápido. Solo dime por dónde empezar.

Quiso negarse con todas sus fuerzas. Aunque si lo pensaba bien, cuatro manos eran mejor que dos y aún quedaba bastante por hacer. No pasaba nada si lo dejaba ayudar con las tareas más sencillas... ¿Verdad?

De esta forma, entre los dos terminaron de instalar los colgadores que quedaban por anclar a los paneles. Jun sujetaba la escalera y así, él podía maniobrar sin miedo a caer, subido al peldaño más alto. También ayudaron a mover los pesados pedestales, en los que después colocaron aquel par de enormes esculturas de alabastro. Algunos de sus compañeros se acercaron a echarles una mano, en un bonito gesto de camaradería. Un apaño por aquí y un arreglo por allá. Así acabaron con todas las tareas que habían pendientes.



Mientras esperaban a que más obras llegasen, aprovecharon que todo quedó prácticamente listo y ambos dieron una vuelta por el lugar.

Mar le explicó que aquellos “cartoncitos”, como Jun las apodó, en realidad eran **cartelas** y se usaban para colocar todos los datos técnicos de una obra, incluyendo el nombre de su autor. Se emocionó hablando de las técnicas de muchos de los cuadros. De la composición o de la aplicación que tenía cierto tipo de pintura, cómo se preparaba un lienzo e incluso qué cuidados debía llevar. Se dejó llevar tanto, que incluso se le olvidó por un instante dónde se encontraba o de lo nervioso que estaba.

—Bueno. ¿Cuándo voy a poder ver el tuyo? —preguntó Jun mirando a cada lado en busca del cuadro. Desde luego no lo iba a encontrar así.

—Es aquel de allá. El que está tapado con una tela... —señaló Mar—. No quería que los demás vieran mi cuadro aún. Sé que es absurdo. En unas horas este sitio estará lleno de gente, pero aún así... —dijo, mientras los dos se acercaban hasta su obra, apoyada en la pared.

—Dime, ¿qué pudo pasar para que tengas tanto miedo a enseñar tus obras? Todas las que he visto son increíbles —preguntó Jun en un esfuerzo por levantar sus ánimos. ¿Cómo podía ser alguien tan amable?

Aunque lo último que quería era volver a recordar aquella historia, sabía que a él podía contarle lo que fuera. Incluido aquello:

—Fue el año pasado. Un día después de salir de una de mis clases me di cuenta de que había olvidado mi móvil en el aula de pintura. Volví corriendo para recuperarlo, pero cuando iba a entrar vi que ya había alguien dentro. Eran dos de los profesores del centro. Estaban hablando entre ellos y además justo delante de dónde estaba colocado mi cuadro.

No quería ser cotilla, pero me sabía mal interrumpir, así que me quedé en la puerta y desde allí pude escuchar lo que decían —tragó saliva y se preparó para proseguir—. Criticaban mi trabajo. Pero no de una forma constructiva que digamos... Fueron realmente crueles.

—Lo siento Mar, eso es algo horrible. Pero aunque sean profesores, no tienen ningún derecho a hacer algo así. No hagas ni caso de esos comentarios.

—Ya sé que debería ignorarlo, me lo han dicho muchas veces. Tanto mis amigos, como mi profe de pintura, el Sr. Rizzo. Pero no puedo evitar pensar, ¿y si ellos tienen razón? —preguntó con la voz rota—. ¿Y si al ver mis cuadros los demás piensan que no son buenos? ¿O que no he puesto el suficiente trabajo? ¿Y si no es lo que esperan de mí?

Mar se secó las lágrimas con el puño de la camiseta rápidamente, antes de que fueran a más. Estupendo, menuda escena le había montado al pobre Jun. Este se quedó callado a su lado, hasta que de repente agarró con fuerza sus hombros.

—Escúchame bien: nadie va a pensar eso de ti. Te lo puedo asegurar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —cuestionó él.

—Porque eres alguien que se esfuerza absolutamente en

todo lo que hace. Ya sea planeando la ruta turística perfecta durante días. Dejándose la piel montando parte de una exposición, a pesar de estar aterrorizado con la idea. E incluso llevando comida a un tendero con un descanso absurdamente corto —dijo Jun sin quitarle los ojos de encima—. Eres esa clase de persona. Y cuando los demás vean tu cuadro, de inmediato verán toda la dedicación y trabajo que le has puesto. No me cabe la menor duda.

Hasta ese momento, Mar no fue consciente de lo mucho que necesitaba escuchar esas palabras. Fue como un encantamiento. Jun siempre sabía qué decir y lo hacía en el momento preciso.

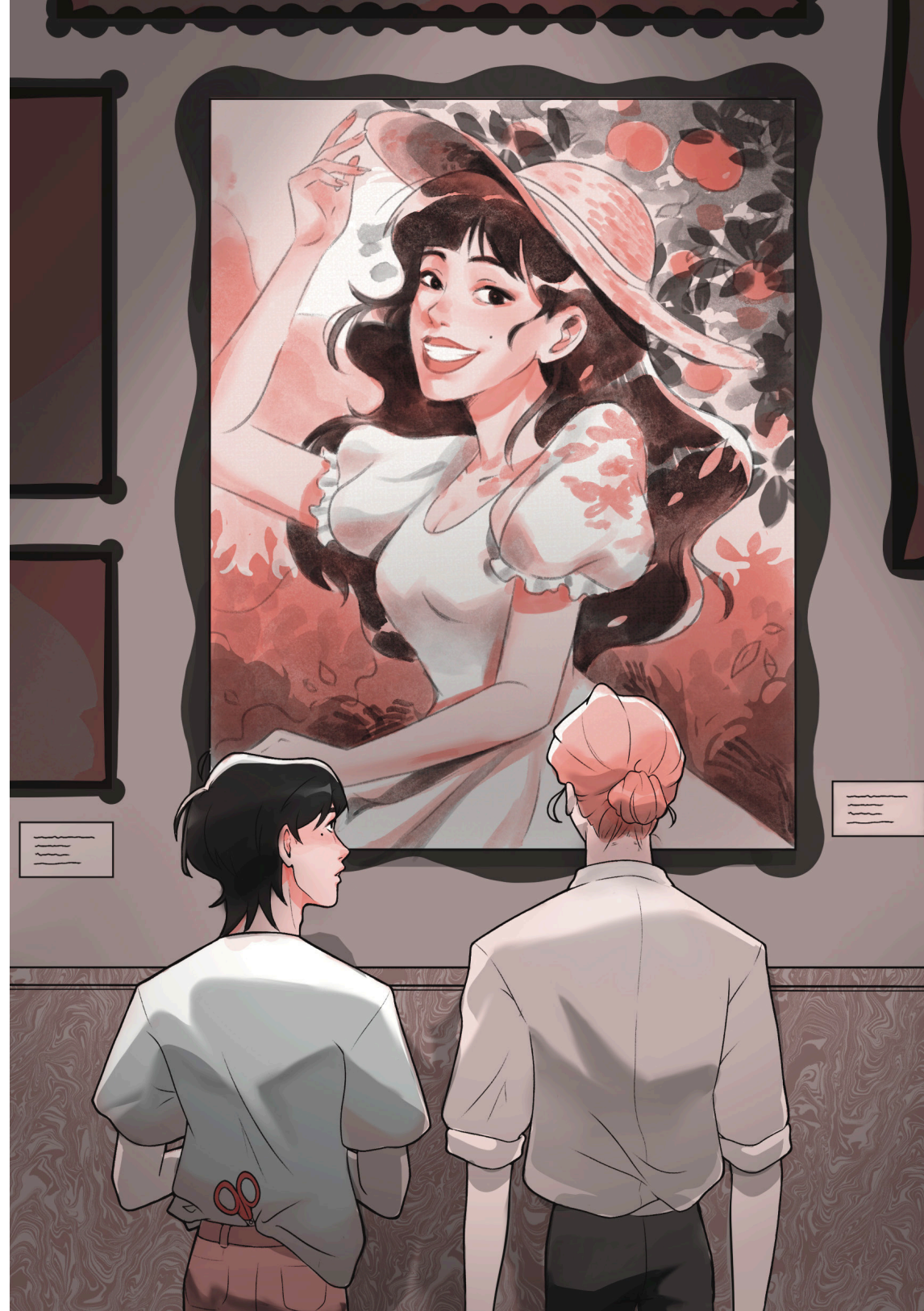
No disipó todos sus temores, pero sí ayudó a que se sintiera un poco más seguro. Lo bastante como para realizar aquel acto esporádico que se produjo a continuación:

Agarró la tela que envolvía al cuadro. Contó de forma regresiva hasta tres, hasta que dejó su obra al fin a la vista delante de todos.

Aunque no tardó en arrepentirse, ahora ya no había vuelta atrás. Varios de los presentes se pararon a observarlo, otros se acercaron hasta allí para poder apreciarlo con más claridad y después estaba Jun. Desde dónde estaban, podía ver la reacción del chico de primera mano.

—Mar... esto es. Es realmente increíble. Me ha dejado sin palabras —por una vez, pensó él. Siendo el ser más elocuente que había conocido, no sabía si aquello era algo bueno o malo.

—No exageres. Ya has visto que aquí hay artistas alucinantes. Todos tienen muchísimo talento —recalcó Mar. Tan solo



con un pequeño vistazo, podía ver obras y técnicas muy por encima de las suyas.

—Puede que yo no sepa tanto de arte como tú y tus compañeros, pero al menos sé decir cuando algo me gusta —Jun se acercó un poco más, observando con detenimiento—. Al mirar a tu pintura siento cierta calidez. No lo sé. Me transmite algo que el resto de las obras no puede y eso es lo que la hace increíble —concluyó sonriendo.

Para no tener ni idea de arte, aquel fue el mejor y más bello cumplido que alguien le había dedicado jamás. De haber tenido algo más de coraje, lo habría abrazado con fuerza delante de todos. Puede que en otra ocasión.

Antes de que Jun se marchase al trabajo, ayudó a colgarlo en su sitio con cuidado. Con todo el miedo y los nervios, hasta ahora no se había parado a ver su propia obra con calma. Al hacerlo, pudo notar aquel sentimiento cálido en el pecho, justo como Jun había descrito. Era tan agradable, que ambos permanecieron allí un poco más, observando la obra en silencio, hasta que al fin llegó el momento de despedirse.



Un rato más tarde Pao apareció agotado, junto con las últimas obras que debían trasladar. Al parecer su skate sufrió un ligero percance en el camino de vuelta, perdiendo una de sus ruedas. Nada que no pudiera reparar más tarde. Ahora sí, ya podían marcharse a casa a prepararse para la inauguración de

aquella misma noche. Antes, su amigo se acercó apresurado hasta su cuadro, con los ojos abiertos como platos.

—¡Fíjate! Tu cuadro está a la vista de todos y no se ha acabado el mundo. ¡Así se hace! Parece que por fin lo has superado —exclamó Paolo felicitándolo, mientras le daba un par de palmaditas en la espalda. Mar se puso un poco colorado, pues no todo el mérito era suyo—. Un momento, ¿a qué viene esa cara? ¿Me he perdido algo?

No era habitual encontrarlos vestidos de gala, pero aquella era una ocasión especial, así que Juls los obligó a hacerlo apropiadamente. Mar se puso una de sus mejores camisas, una sin manchas de pintura, algo también inusual. Pao incluso accedió a ponerse una pajarita. Sin duda, la mejor vestida era Juls, con aquel vestido tan despampanante. Según les dijo, pasó bordando todos aquellos detalles durante semanas hasta acabarlo, justo a tiempo para la inauguración. Mar no podía quitarle los ojos de encima. Mucho menos Pao, que anduvo todo el camino embelesado por la pelirroja, tropezando cada dos pasos hasta que llegaron a la galería.

Al dar las seis de la tarde las puertas se abrieron para todos, incluidos los visitantes, que llenaron cada rincón de la sala en un santiamén. La velada comenzó con los discursos de los organizadores, miembros del centro de arte y profesorado. También hablaron los líderes de cada grupo de la organización. Cuando le tocó a Pao, este relató el sonado traslado que habían vivido pocas horas antes. Su discurso fue el más ameno y divertido de todos, haciendo que muchos terminaran llorando de risa, Mar y Juls incluidos.

Cuando al fin la parte formal terminó, se dio el pistoletazo de salida a la fiesta. Las copas de champagne y vino corrieron, al igual que los distintos tipos de canapés y aperitivos que se disfrutaban al son de la banda en vivo que amenizaba el ambiente. Ya no era aquella sala vacía que habían visto un rato antes. Aquello era una exposición oficial y ellos, los artistas que la conformaban. El corazón le iba a mil, ya no por los nervios, sino de pura emoción.

Deambularon por la sala, viendo con detenimiento los trabajos de sus amigos. Ahora que se había calmado, podía apreciar bien cada uno de ellos. Todos eran fantásticos. No había ni uno solo igual. Formas, colores y formatos de todo tipo. ¡Qué maravilla!

Distraído con la exposición, tardó en darse cuenta de que alguien lo llamaba justo a sus espaldas. Al voltearse se topó con el Sr. Rizzo, con las orejas coloradas por el vino. Era extraño verlo vestido con traje y fuera del aula de clase, aún así, seguía siendo tan jovial como cuando estaba allí. Le pidió que lo acompañara un momento y para sorpresa de Mar, este lo condujo directamente a dónde estaba su cuadro, junto a un hombre que los esperaba.

—Mar, te presento al Sr. Biles. Un buen amigo mío y el encargado de las relaciones internacionales de la escuela. —el hombre le tendió la mano y Mar aceptó el gesto. Era la primera vez que daba un apretón de manos tan formal, así que al no saber cuándo aflojar, esperó a que lo hicieran por él—. Estábamos hablando sobre tu cuadro, que por cierto, aún no había tenido la oportunidad de ver terminado. Sin duda has

hecho un gran trabajo —obviando la evidente regañina, Mar no esperaba aquel cumplido y menos por alguien tan exigente como su profesor.

—Bueno, eso es cierto. Pero hoy no estoy aquí como docente, sino como amante del arte. —interrumpió el Sr. Biles—. Hablemos de lo importante. Como cada año, he venido para llevarme algunas de las obras a casa, incluida la tuya. Me gustaría hacerte una oferta por el cuadro.

Al oír esas palabras su corazón se detuvo un instante.. Vio las caras de sus amigos, que pudieron escuchar la conversación desde dónde estaban. Parecían incluso más emocionados que él.

Era consciente de lo que aquello significaba. Vender su primer cuadro en su primera exposición oficial, era un hito y lo que todos ansiaban. Solo había un pequeño problema:

—Me siento muy halagado y tremendamente feliz de que se haya fijado en mi obra, de verdad. Pero debo decir que no a su oferta —dijo en el tono más respetuoso que pudo para no sonar desagradecido—. No es que no quiera vendérselo. Verá, lo pinté como un regalo para un ser querido, así que no se lo podría vender a nadie aún queriendo. Sería muy feo por mi parte. Lo lamento Sr. Biles —añadió en última instancia.

—No te disculpes. Es una lástima, pero si es como dices, no hay nada que se pueda hacer. Sin duda esa persona es muy afortunada —respondió el hombre con una radiante sonrisa. Antes de marcharse le tendió la mano. No para saludarlo, sino para entregarle una tarjeta—. Estoy seguro que llegarás muy



lejos. Si alguna vez necesitas alguna cosa del departamento de relaciones internacionales, no dudes en consultarme.

Tras intercambiar un par de palabras más, los dos hombres se alejaron de allí y continuaron con la visita. Sin más dilación todos los que habían presenciado la escena aplaudieron y lo vitorearon escandalosamente tras la marcha del profesor. Por lo visto, no había sido el único en recibir una oferta así esa noche, pero sí fue el primero y único en rechazarla. Aquello lo convirtió en una especie de héroe o tal vez en un insensato, depende a quién le preguntaras.

—Ha sido a-lu-ci-nan-te. ¡Qué pasada! —gritó Juls toda colorada—. ¡Bebamos otra copa para celebrarlo!

—Tú ya has bebido bastante, deja alguna para los demás —Pao le quitó la que llevaba antes de que la tirase al suelo. Faltó poco—. Rechazar una oferta así. No sé si yo habría podido. Además, a uno de los peces gordos de la escuela.

—Pinté ese cuadro para nonna, ni todo el dinero del mundo podría convencerme —proclamó Mar orgulloso. Solo con pensar en la cara de felicidad que pondría su abuela al ver el regalo, no le hacía falta nada más—. Siempre me quedará esta tarjeta como recuerdo —añadió entre risas.

—Y puede que ahora me hagas algo más de caso cuando te digo que tienes un don especial con la pintura —señaló Pao mientras le pellizcaba la mejilla con fuerza. Al menos le prometió intentarlo.

Era el momento de dejar a un lado los dramas y de centrarse en lo verdaderamente importante: disfrutar de la velada.



¿Cómo no hacerlo si estaba con los dos mejores amigos del mundo?

Bailaron, bebieron y rieron sin parar. ¡Era increíble! Aquella noche solo iba a mejor a cada minuto que pasaba. No había forma de que pudiera mejorar aún más...

—Vaya, vaya. Mirad a quién tenemos aquí —señaló Paolo.

Tanto Juls como él se giraron a la vez, pero con tanta gente en la sala resultaba difícil saber a quién se refería. Finalmente a Mar le pareció ver algo. Era la segunda vez que tenía que comprobar si realmente lo que tenía ante él era real, pues puede que ahora fuera a causa del champagne. Entrecerró los ojos y se fijó aún más...

No cabía duda. Podría reconocer aquella melena rosa en cualquier parte.

—Hic! ¿A qué estás esperando? ¡Vete con él! —insistió Juls.

—La vigesimocuarta tiene que ser la vencida —proclamó Pao antes de empujarlo con todas sus fuerzas, sin tiempo para nada más.

Lo primero que vio Jun a su llegada a la exposición, fue como Mar tropezaba por el repentino empujón de su amigo, justo delante de sus narices. Menuda entrada triunfal.

—H-Hola... —balbuceó mientras se erguía, colocándose bien el tirante tras aquel impulso—. Creía que ibas a estar bajando.

—He podido escaparme un poco antes. Quería ver cómo iba la fiesta. Aunque me siento un poco fuera de lugar con todos tan elegantes.

—¡Pero si vas genial! Estás muy guapo —respondió Mar

de forma sincera. Sí que lo estaba, aunque no era ninguna novedad.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco colorado —al igual que sus dos amigos, su propio cuerpo no le estaba haciendo ningún favor, sino poniendo en evidencia todo lo que pretendía ocultar. Puede que Jun también se hubiera dado cuenta, pues de la nada tomó su mano, arrastrándolo con él hasta la salida—. ¿Por qué no salimos a tomar un poco el aire? Seguro que te sienta bien.

Buena idea, lo iba a necesitar. No puso ninguna objeción. Los dos dejaron así el edificio y con él, aquella fantástica fiesta que tan buenos momentos le había brindado y que no tenía pinta de que fuera a terminar.



Lo primero que pudo notar al salir a la calle fue aquel aire frío. Ya había anochecido bastante. Estando en el interior ni siquiera fue consciente de ello. El ambiente era agradable y de lo más tranquilo, perfecto para poder conversar de forma tranquila. Allí sobre la escalinata del edificio, Mar comenzó a contarle a Jun absolutamente todo lo que vivió ese día. Todas las emociones que había llegado a sentir. La increíble oferta que le hicieron por su cuadro y que él rechazó. E incluso le habló del vestido de Juls que tanto clamor causó. Estaba hablando tanto y por tanto tiempo, que pensó que llegaría un punto en el que Jun se pondría a bostezar de puro aburrimiento. Sin embargo,

y como pudo comprobar desde el día en el que lo conoció, este no dejó de mirarlo con interés y entusiasmo. Siempre atento y con una sonrisa en la boca, esperando ansioso la siguiente historia.

—Sabía que todo iba a ir bien —exclamó Jun removiendo su pelo.

—¿Seguro que no quieres que volvamos dentro de la galería?

—Prefiero estar aquí contigo. Al fin y al cabo ha sido gracias a ti que todo ha resultado tan bien. Si no llegas a aparecer, seguro que habría salido corriendo y me habría perdido uno de los mejores días de mi vida —confesó Mar avergonzado.

—Estoy seguro de que habrías sido capaz. Tan solo ayudé a colgar unos cuadros y unas cartelas —dijo orgulloso, como si hiciera mucho que conocía aquella palabra.

—¡Eso no es cierto! Hiciste mucho más por mí, ¿me oyes? Mucho más —insistió él mientras ambos se echaban a reír sin control.

Con la emoción del momento, Mar agarró su mano sin darse cuenta. Los dos se quedaron parados, reaccionando de la misma forma, clavando su mirada el uno en el otro. Sin poder evitarlo, se acercó tímidamente, cada vez más. Jun imitó su gesto, como si de un espejo se tratara. Mar inclinó la cabeza y cerró los ojos con fuerza por la tensión y los nervios que sentía. El corazón se le iba a salir del pecho a ese paso.

No podía creerlo, se iban a besar.

¡Estaba sucediendo de verdad!

Esperaba sentir pronto el roce de sus labios, pero la espera se estaba haciendo lenta y tortuosa...

Finalmente notó algo. Era extraño.

Mientras sujetaba aún su mano, pudo notar unos ligeros espasmos a los que no encontraba demasiado sentido. Cuando abrió los ojos, se topó con aquella escena. Sin dar crédito se puso en pie frente a Jun.

—¡¿Por qué te estás riendo?! —gritó mientras sentía como sus mejillas ardían.

—¡Es que has puesto una expresión muy graciosa! Deberías haberla visto —a duras penas podía aguantar la risotada o articular palabra. Con bastante esfuerzo, se levantó para inten-





tar calmarlo sin éxito—. No he podido evitarlo, ha sido de lo más tierno y adorable.

—¿¡Adorable!?!—repitió Mar ofendido. Eso era lo peor que le podía decir. Ahora que al fin había reunido el valor necesario para expresar lo que sentía, le salía con esas. Ni hablar, aquello no iba a quedar así.

Lleno de rabia, subió un escalón más dando un fuerte pisotón en el suelo. Ahora que los dos estaban a la misma altura, Mar cogió la camisa de Jun con fuerza. De un fuerte tirón lo atrajo hacia él y con el impulso que tomó, sus bocas chocaron con fuerza una contra otra.

¿Qué había sido eso? ¡Menudo desastre de beso!

A pesar de la determinación que acababa de mostrar, a ambos les sorprendió el gesto. Avergonzado como estaba, en ese momento sí que habría salido corriendo para no regresar.

Antes de poder hacer nada, pudo notar una suave caricia en la mejilla y también como su mentón se alzaba de forma sutil. Sus rostros volvieron a encontrarse y con algo más de amabilidad de la que él había tenido, Jun se acercó hasta que sus labios se rozaron tímidamente. Ahora sí, se unieron en un **beso** lento y apasionado que se prolongó por un largo tiempo, bajo la tenue luz de las farolas.

Cuando por fin se separaron, Mar no pudo evitar soltar un suspiro tembloroso. “Así sí”, pensó, mientras acariciaba su labio inferior con la yema del dedo. Ninguno de los dos pudo evitar reír. Menudo primer beso... o segundo.

—Con todo el lío de la fiesta imagino que no has cenado todavía. Podemos ir a comer algo, y de paso me cuentas más

cosas de cómo ha ido la exposición —sugirió Jun mientras le ofrecía su brazo en jarra. Mar aceptó su oferta sin pensarlo ni por un momento.

—Conozco un sitio increíble que seguro que te encantará —propuso entusiasmado—. Pero creo que te he contado todo, no hay mucho más que hablar sobre la inauguración.

—También podemos comenzar a planear tu siguiente exposición. Una individual esta vez. Yo podría ayudar, tengo algo de experiencia con el montaje.

—¿Ah sí? —Mar se echó a reír con fuerza al escucharlo hablar con tantísima seguridad—. Sabes que no es tan fácil encontrar lugares en los que exponer, ¿verdad?

Jun no le respondió inmediatamente. Continuaron avanzando un poco más, hasta que en el rostro del chico se dibujó una enorme sonrisa.

—No te preocupes. Tengo algo en mente.